

# ¿Dónde están los atalayas?

Hermana Margarita

03 junio 2020 4:04 PM GMT-0400



por Ximena Soliz de Piérola

*Hijo de hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel; oirás, pues, tú la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte.*

Ezequiel 3:17

Anita jugaba con su hermano a la orilla de un río. Muchas familias habían salido a hacer un día de campo y a disfrutar del hermoso paisaje. Sus padres conversaban animosamente mientras ellos y otros niños chapaleaban en el agua. De pronto, en un descuido, su hermanito trepó a una roca ancha y enorme y se acercó peligrosamente a la parte de más arriba. Cuando Anita levantó la vista, su hermanito estaba parado a un par de pasos del filo de la alta roca.

«¡Nooooo!» gritó Anita, señalando a su hermano. Todos voltearon a ver y se quedaron paralizados. Con el grito de su hermana el pequeño Andrés también quedó paralizado. Solo fueron segundos; pero fue el tiempo suficiente como para que su papá trepe rápidamente a rescatar a su pequeño.

El grito de advertencia de Anita me hace pensar en la importante labor que tenían los atalayas en los tiempos bíblicos. Eran aquellas personas que se dedicaban a vigilar y proteger las ciudades. Se ubicaban en una torre o en un lugar alto, de tal forma que tuvieran una fácil y estratégica visión que les permita atisbar cualquier peligro. En el libro de Ezequiel leemos esto acerca de sus deberes:

*Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Hijo de hombre, habla a los hijos de tu pueblo, y diles: Cuando trajere yo espada sobre la tierra, y el pueblo de la tierra tomare un hombre de su territorio y lo pusiere por atalaya, y él viere venir la espada sobre la tierra, y tocare trompeta y avisare al pueblo, cualquiera que oyere el sonido de la trompeta y no se apercibiere, y viniendo la espada lo hiriere, su sangre será sobre su cabeza. El sonido de la trompeta oyó, y no se apercibió; su sangre será sobre él; mas el que se apercibiere librárá su vida.*

Pero si el atalaya viere venir la espada y no tocare la trompeta, y el pueblo no se apercibiere, y viniendo la espada, hiriere de él a alguno, éste fue tomado por causa de su pecado, pero demandaré su sangre de mano del atalaya. A ti, pues, hijo de hombre, te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte.

Cuando yo dijere al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablores para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, pero su sangre yo la demandaré de tu mano. Y si tú avisares al impío de su camino para que se aparte de él, y él no se apartare de su camino, él morirá por su pecado, pero tú librate tu vida.

*Ezequiel 33:1-9*

Dios habló estas palabras a Ezequiel porque quería que advierta a su pueblo sobre sus rebeliones, para que dejen de hacer lo malo: «Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?» (v.11).

Dios quería que Israel deje de hacer lo malo y comience a obrar conforme a sus mandatos: «Cuando el justo se apartare de su justicia, e hiciere iniquidad, morirá por ello. Y cuando el impío se apartare de su impiedad, e hiciere según el derecho y la justicia, vivirá por ello» (vv.18,19).

Ezequiel obedeció a Dios y advirtió al pueblo, pero éste no quiso arrepentirse y cayó ante sus enemigos.

Dios ordenó a Ezequiel que advierta al pueblo sobre las consecuencias de su pecado, aún sabiendo que aunque lo escucharan, no se arrepentirían:

*Y vendrán a ti como viene el pueblo, y estarán delante de ti como pueblo mío, y oirán tus palabras, y no las pondrán por obra; antes hacen halagos con sus bocas, y el corazón de ellos anda en pos de su avaricia. Y he aquí que tú eres a ellos como cantor de amores, hermoso de voz y que canta bien; y oirán tus palabras, pero no las pondrán por obra. Pero cuando ello viniere (y viene ya), sabrán que hubo profeta entre ellos» (vv.31-33).*

## **Deseo desordenado de poseer riquezas**

Por seguir su avaricia, el pueblo no quiso arrepentirse, pese a la advertencia. *Wikipedia* define la avaricia como «el afán o deseo desordenado de poseer riquezas, bienes, posesiones u objetos de valor abstracto con la intención de atesorarlos para uno mismo, mucho más allá de las cantidades requeridas para la supervivencia básica y la comodidad personal».

El profeta Ezequiel también advirtió al rey de Tiro sobre este pecado, antes de su caída: «Con tu sabiduría y con tu prudencia has acumulado riquezas, y has adquirido oro y plata en tus tesoros. Con la grandeza de tu sabiduría en tus contrataciones has multiplicado tus riquezas; y a causa de tus riquezas se ha enaltecido tu corazón» (Ezequiel 28:4,5).

Una advertencia similar también la hizo el profeta Habacuc: «¿No han de levantar todos éstos refrán sobre él, y sarcasmos contra él? Dirán: ¡Ay del que multiplicó lo que no era suyo! ¿Hasta cuándo había de acumular sobre sí prenda tras prenda?» (Habacuc 2:6).

En el Nuevo Testamento Santiago advierte y confronta a la iglesia sobre el mismo pecado:

Habéis acumulado tesoros para los días postreros. He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza. Santiago 5:3b-5

## **La avaricia nos caracteriza**

La avaricia nos ciega y nos impide reconocer nuestro pecado; es la característica principal de la sociedad actual. Vivimos llenos de cosas que no necesitamos, acumulamos como si tuviéramos control del mañana; incluso amontonamos riqueza acosta del trabajo y sacrificio de otros.

Dios nos bendice con el pan de cada día, y lo demás ya es obra de nuestra vanidad: «¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oídme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura. Inclinaid vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma; y haré con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes a David» (Isaías 55:2,3).

En este tiempo nos hemos olvidado de anunciar a nuestra generación su pecado; es más, nos hemos dedicado a imitar sus costumbres: «Y sabréis que yo soy Jehová; porque no habéis andado en mis estatutos, ni habéis obedecido mis decretos, sino según las costumbres de las naciones que os rodean habéis hecho» (Ezequiel 11:12).

Por esto Dios le dijo al profeta Isaías:

Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado. Que me buscan cada día, y quieren saber mis caminos, como gente que hubiese hecho justicia, y que no hubiese dejado la ley de su Dios; me piden justos juicios, y quieren acercarse a Dios. Isaías 58:1,2

## **La labor del atalaya**

La labor del atalaya era confrontar al pueblo con su pecado y advertirle de las nefastas consecuencias de su desobediencia. No era su labor suavizar sus palabras; debía denunciar sus malas obras. Pero no lo hacemos hoy; nuestros mensajes son diluidos. Hablamos de prosperidad, bienestar y disfrute; pero no mostramos a nuestro pueblo su pecado y que la paga de éste es la muerte. No predicamos arrepentimiento sino bendiciones. No enseñamos a imitar a Cristo, como dijo Pablo: «Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo» (1 Corintios 11:1).

Pensemos en Pedro, cuando Dios mandó la promesa del Espíritu Santo, y en cómo confrontó a la gente con su pecado (Hechos 2:14-40); en Esteban y las palabras que dijo a su pueblo antes de que lo apedrearán (Hechos 7); en el apóstol Pablo, que sufrió cárcel y persecuciones por advertir a su pueblo sobre su pecado (Hechos 13 al 28).

Pensemos también en los grandes frutos de arrepentimiento que se dieron gracias a los que obedecieron a la advertencia. Esa generación se entregó a Jesucristo de forma incondicional; fueron contra el estilo de vida opulenta del imperio romano. Vivían bajo el señorío del Espíritu Santo y eran guiados a suplir las necesidades de las viudas, lo que implicaba dejar la avaricia y pensar en su prójimo (Hechos 6:1-7).

Los creyentes del primer siglo entendieron que no era suyo nada de lo que poseían, así que cada uno, voluntariamente, entregaba sus bienes para que sean repartidos conforme a la necesidad de cada uno (Hechos 2:43-45; 4:32-35). Eran discípulos dadores, en medio de una generación egoísta (Hechos 9:36), siervos obedientes que daban la otra mejilla, cuando la norma de vida era el «ojo por ojo» (Santiago 5:16). Eran un remanente que liberaba a los esclavos en medio de una sociedad opresora (Filemón vv.15-17), creyentes que practicaban la piedad, que soltaban a los oprimidos y liberaban a los quebrantados, porque NO se escondían ante las necesidades de sus hermanos (Isaías 58:7).

## **Luz en las tinieblas**

Cuando Jesús enseñó ese estilo de vida a sus discípulos, y ellos obedecieron, el pueblo que estaba en tinieblas vio gran luz (Isaías 9:2). Se notaba la diferencia entre un seguidor de Cristo y uno que no lo era (Hechos 11:21-26). Las obras de estos cristianos eran luz en medio de las tinieblas que envolvían a un mundo perverso. Era su fe materializada en obras que brillaba ante la frivolidad de su generación; era el amor genuino, despojado de todo egoísmo, dispuesto a dar la vida por los demás (Juan 15:13), que salaba su sociedad insípida y egoísta. Por eso, cuando ellos oraban y clamaban, tenían la autoridad suficiente para hacer milagros y echar fuera demonios.

Escribo estas líneas para advertirme a mí misma y a mi generación, porque quiero ser como esa niña que gritó justo a tiempo, antes de que su hermano caiga al precipicio. Quiero ser como esos profetas obedientes que advirtieron a su pueblo sobre las consecuencias de su pecado, aun a costa de ser apedreados, encarcelados o asesinados. No quiero ser un atalaya que prefirió callar y a quien se le demandará la sangre de su generación.

¿Me acompañas en ser atalaya para nuestra generación?

# **¡Jesús viene pronto!**